

de ellos, por supuesto, para Genserico con una parte del pueblo vándalo. Se da por motivo de este paso trascendental una intriga de su gran rival Aecio, que le había presentado a la emperatriz Placidia, madre del tercer Valentiniano, como traidor a la patria, proponiendo para probarlo, mandarle que se presentara en la corte de Ravena. Así lo mandó en efecto la emperatriz; pero como Aecio hiciera avisar secretamente a Bonifacio que si iba no volvería, pues se había resuelto quitarle la vida, Bonifacio se guardó muy bien de ir y no hizo caso de la orden. Entonces, por su desobediencia fué declarado traidor y destituido en 427, habiendo la corte dispuesto su inmediato castigo aunque hubiera que reducirle a viva fuerza. Bonifacio pudo desembarazarse de un ejército enviado contra él por la desunión de sus tres jefes principales; pero cuando el emperador envió nuevas tropas compuestas en su mayoría de mercenarios godos bajo las órdenes de un gobernador godo, Segisvulto, mientras por otro lado los moros limítrofes entraban en el país saqueando y destruyendo lo que encontraban a su paso, Bonifacio, en el colmo de sus apuros, llamó a los vándalos para salvar a la vez su vida y el país.

Así lo cuenta Procopio, cuya relación, no desprovista de algunas inverosimilitudes, ha dado lugar a muchas dudas; pero otro documento de la época confirma que la persecución de Bonifacio fué motivada por su resistencia a presentarse en Italia.

Los dos hermanos vándalos recibieron la proposición de Bonifacio en el año 427, y la aceptaron según parece en seguida, aunque solo uno, Genserico, realizó la traslación de su pueblo al Africa, porque el rey Gunderico, «poseído del demonio por un castigo de Dios, desde que saqueó las iglesias católicas de Sevilla cuando conquistó esta ciudad,» cayó a fines del año 427 en una batalla contra los francos, que quizás habían penetrado en España como aliados de los suevos, con cuyo motivo eligieron los vándalos por rey a Genserico, a pesar de ser hijo de una esclava, y prescindiendo de los hijos del rey difunto por ser menores de edad, ya que el derecho a la corona era inherente a toda la sangre real, sin que lo disminuyera en nada el estado inferior de la madre, ni el nacimiento ilegal, mucho menos cuando, como en este caso, el elegido había ya ocupado en la nación, en el consejo y en el ejército puestos tan eminentes como los que había desempeñado con Gunderico.

Mientras se hacían los preparativos de la traslación, convenida seguramente con el asentimiento de todo el pueblo, sin el cual no habrían aceptado la proposición los dos hermanos, penetraron los suevos en el territorio de los vándalos que estaban a punto ya de embarcarse. Al recibir la noticia de la invasión paróse Genserico, volvió atrás y derrotó cerca de Mérida a los antiguos enemigos de su pueblo, cuyo rey se ahogó en su huida en las aguas del Guadiana (Ana). Algo debió influir en esta persecución sangrienta la venganza por la muerte de su hermano Gunderico, víctima de los francos llamados por los suevos. Hecho esto, embarcó Genserico no solo el ejército sino todo el pueblo de vándalos y alanos, aumentado por varias hordas de godos, agregados voluntariamente a la expedición, hasta formar un número total de 50,000 a 80,000 almas, puesto que las noticias varían. Toda esta población, en los buques propios y los enviados por Bonifacio, pasó al continente africano en mayo de 429.

CAPÍTULO SEGUNDO

RELACIONES EXTERIORES DEL IMPERIO VÁNDALO EN ÁFRICA

El rey Genserico, cuyo nombre significa ganso bravo, según la costumbre de los antiguos de comparar a los héroes

con animales valientes y arrojados, es una de las figuras más imponentes de la época de la irrupción de los pueblos bárbaros tan rica en héroes. Se ha hecho un paralelo entre él y el sabio rey de los godos Teodorico el Grande; pero el vándalo era al godo como la noche sangrienta al día benéfico. A su nombre se une la sospecha de fratricidio. Era de corta estatura y cojeaba desde una caída de caballo; hombre poco comunicativo, duro para soportar toda clase de fatigas, iracundo, codicioso y muy diestro en sembrar entre los hombres la discordia, rasgo que recuerda al dios supremo de los germanos Odin ó Vuotan, y más pronto a obrar que otros a decidirse. Con arteria y traición, faltando a su palabra, se apoderó de Cartago, la capital de su reino ocupada por los romanos; arrasó las murallas de otras ciudades para evitar futuros movimientos de resistencia; y despojó a los habitantes de sus tierras hasta que él y sus vándalos quedaron afinados a su gusto sin entrar en una división ordenada. Los propietarios del país que no huyeron a tiempo fueron asesinados, ó expulsados y perseguidos cruelmente por su fe católica, porque el nuevo amo era arriano; ahogó entre raudales de sangre los motines y sediciones de los suyos; y saqueó todas las costas, pueblos é islas del Mediterráneo a donde pudo llegar. A bordo de sus temibles embarcaciones, no designaba rumbo alguno al piloto que esperaba sus órdenes, porque decía que «el viento y las olas ya les llevarían hacia aquellos a quienes Dios había dejado de su mano,» según cuenta la tradición. Esta misma expresión ponen las leyendas en boca de su terrible competidor en Europa, el «azote de Dios,» Atila el huno. Como Atila, fué Genserico azote de la humanidad, terror de los pueblos, y cual tempestad desencadenada en lugar de conservar y de crear no hizo más que destruir, lo mismo a sus vecinos que a su propio pueblo, y a todos los pueblos a donde llegó su acción y alcanzó su influencia.

Teodorico fué un rey de paz, un sabio; Genserico un rey destructor, espantoso, el rey del terror.

Veamos ahora lo que era la provincia romana de Africa cuando este hombre terrible puso el pié en ella. Un coetáneo de Genserico la llama con retórica exagerada «el alma del imperio.» Aunque no tanto, era no obstante, de la mayor importancia para toda la Italia, y muy especialmente para las dos grandes capitales Roma y Ravena, a las cuales abastecía de víveres, casi exclusivamente, sobre todo, desde que el otro granero del imperio, el Egipto, se hallaba dedicado a abastecer principalmente a Constantinopla, elevada a la categoría de segunda capital. A esto se agregaba que hasta aquella época había disfrutado de paz, orden y seguridad, cosa rara entonces en el resto del mundo; de modo, que la civilización romana que había echado allí profundas raíces, pudo producir en Africa todavía frutos abundantes, cuando ya no los producía en otras provincias. Esta, aun en medio y después del desmoronamiento del poder de Roma, había quedado, gracias a su posición geográfica, tan bien preservada de los ataques de los germanos, que solo la ganaba bajo este concepto la Bretaña, que no fué invadida hasta veinte años después. En el siglo III, habían visitado pasajeramente las costas africanas piratas francos, pero desde entonces era tan grande la fama de la seguridad que gozaban sus habitantes, que muchas familias opulentas se habían establecido en ella huyendo de Italia y de España, países continuamente amenazados por nuevas invasiones. Las tentativas de los visigodos en tiempo de Alarico y Walia para apoderarse de este feraz granero, ya en 409 desde Italia, ya en 416 desde España, no habían tenido éxito. Los cartagineses habían elevado a un altísimo grado de perfección el cultivo y aprovechamiento de estas comarcas, cuya feracidad era tan grande,

que el trigo daba en Bizacena ciento cincuenta granos por uno. Los romanos velaban aun con mayor solicitud sobre este país que parecía un jardín sembrado de pueblos y de quintas elegantes. Los artículos principales de exportación, además de los cereales, eran el aceite y leña, que consumían en grandísimas cantidades los baños y termas públicas de Italia.

En la reorganización de la administración del imperio efectuada por Diocleciano y Constantino, había quedado dividida el Africa romana en seis provincias. La antigua Mauritania tingitana (Marruecos), en el extremo occidental, separada de la verdadera Mauritania por el desierto, formaba una sola provincia con España ó sea con la Bética situada en frente; pero según la división eclesiástica, formaba parte de la Mauritania Cesárea situada hacia el Este, con su capital Cesárea en la costa. Seguía en dirección Sudeste la provincia de Mauritania Sitifense con la capital Sitifis en el interior. Estas dos últimas provincias habían formado antes la Mauritania antigua. Venía luego al Este la provincia de Numidia. La que la seguía en la misma dirección, la antigua provincia proconsular, se hallaba dividida en tres, la Zeugitana con Cartago, la de Bizacena al Sudeste, y al otro lado de la pequeña Sirte, la provincia Tripolitana.

Al Mediodía de la faja bastante angosta que en la costa constituía el territorio de Roma y había aceptado su civilización, vivían independientes muchos pueblos nómadas compuestos de tribus moras, que eran como buenos jinetes una continua amenaza para las ricas comarcas cultivadas de las provincias romanas, por sus constantes irrupciones de rapiña.

A la cabeza de la administración de estas seis provincias, estaba el procónsul de Africa, cuyo inmediato superior era el prefecto de Italia. Tenía bajo sus órdenes dos lugartenientes (vicarios) que residían en Cartago, y de ellos dependían los gobernadores y presidentes de las otras cinco provincias.

El ejército de Africa estaba mandado por el *comes* ó delegado militar, que también tenía su residencia en Cartago; seguíanle por orden jerárquico los *duces* ó jefes de ejército de Mauritania y Trípoli, y además había comandantes especiales en todos los castillos que guardaban la frontera meridional siguiendo la cordillera, y principalmente en los montes Tursios, donde protegían las colonias fronterizas militares contra los moros. Primero hacía allí el servicio militar la tercera legión de Augusto sola; pero desde el siglo IV había sido reforzada por numerosos «bárbaros confederados,» y por esta razón hallábanse en muchos puntos, como por ejemplo en Hipona, guarniciones godas.

No bien habían desembarcado los vándalos en suelo africano, cuando Bonifacio se reconcilió con la emperatriz, descubriendo la intriga de Aecio y poniendo de manifiesto su inocencia; pero era tarde. Vanos fueron todos sus esfuerzos para hacer volver atrás de buenas a buenas, al terrible enemigo que había atraído sobre el país. Africa era un territorio más rico que España, y solo tenía allí Genserico por enemigos a romanos, mientras que en España tenía que luchar además con godos y suevos, así es que dirigió luego sus armas contra todos los romanos sin distinción, auxiliado por la desgraciada táctica de desconfianza que había hecho prohibir a la mayor parte de las ciudades africanas la construcción de murallas y otras obras de defensa, con motivo de tres sediciones muy graves de que desde el año 375 había sido centro y foco este país. De este modo los vándalos pudieron extenderse por todas las tres provincias Mauritanas y asolarlas según su costumbre, sin encontrar resistencia. Digno es de notarse, aun dando como exagerada una buena parte de las descripciones

declamatorias que nos han sido conservadas, escritas por las víctimas de los salvajes herejes arrianos, que estos desde el principio hicieron sentir con crueldad especial los horrores de la guerra a todo lo que pertenecía a la Iglesia católica: edificios, obispos, sacerdotes, frailes y monjas.

En el límite de la Mauritania, probablemente para cubrir la Numidia, hizo frente a los bárbaros Bonifacio a la cabeza del ejército romano; pero su derrota fué tal, que hubo de abandonar al enemigo toda la comarca, retirándose hasta la ciudad fortificada de Hipo-Regio (Hipona), situada en el extremo septentrional. Esto debió suceder a fines de mayo del año 430. Ocupaba allí a la sazón la sede episcopal el anciano y veneradísimo padre de la Iglesia San Agustín. Había encargado al clero de las iglesias mauritanas que no abandonarían a sus amenazados feligreses: a la sazón le tocaba cumplir su propia exhortación y la cumplió permaneciendo en la ciudad a la cual iban a dirigir los vándalos sus ataques. En junio empezó el sitio y a los tres meses, en 28 de agosto de 430, murió el Santo. A los catorce meses de sitio por mar y tierra, lo que prueba que Genserico disponía de una escuadra, quizás la misma que le había llevado con su pueblo de España al Africa, obligóle el hambre a retirarse en el mes de julio de 431. Por esta vez se había salvado Hipona, defendida por Bonifacio en persona. Entre tanto habíanse derramado millares de bárbaros con tal rapidez sobre todas las provincias africanas del imperio, que a la muerte de San Agustín, entre los muchos distritos episcopales de Africa solo se conservaban libres de enemigos, además de Hipona, los obispados de Cirte en la Numidia y Cartago. Corroboran este hecho sorprendente otros documentos, según los cuales cayeron en manos de los bárbaros ya durante el sitio de Hipona, ciudades de la provincia proconsular como Uricita, y como Vita en la de Bizacena, porque los veloces jinetes volaron por las comarcas llanas de la costa sin encontrar resistencia, y sus buques cerraban los puertos de los pueblos sitiados ya por tierra, hasta que los habitantes aterrizados se entregaban. No eran los invasores bastante numerosos para guarnecer todos los puntos, y por las disposiciones de Valentiniano fechadas en febrero de 430 sabemos que los vándalos aun no habían llegado entonces a las últimas dos provincias citadas.

Habiendo recibido Bonifacio refuerzos de Roma y también otros del imperio oriental bajo el mando de Aspar, el general más perito de Bizancio, se dispuso a librar otra batalla campal a los bárbaros; pero su derrota fué tan completa, que muchos romanos distinguidos, entre ellos se dice que el futuro emperador Marciano, cayeron en manos de los vencedores, y Aspar se volvió a Bizancio. Bonifacio fué llamado a Roma y murió en una acción contra su antiguo enemigo Aecio en el año 432.

Hipona, abandonada por sus habitantes, fué quemada por los vándalos. En 434 llegó otra vez Aspar, nombrado cónsul para aquel año, al Africa, estableciéndose en Cartago, pero ya al año siguiente firmó en Hipona, que todavía estaba en su mayor parte en ruinas, la paz con los vándalos, abandonándoles las conquistas hechas y conservadas hasta entonces; es decir, toda la Tingitana, parte de ambas Mauritanias, toda la Numidia oriental, parte de la provincia proconsular sin Cartago, y de la de Bizacena sin Trípoli, en cambio de un tributo anual, consistente probablemente en trigo, que habían de entregar en Roma. Sin embargo, los vándalos no quisieron obligarse como los demás germanos a contribuir con contingentes armados; por manera que atendida la riqueza de los territorios adquiridos, podía estar muy satisfecho Genserico de su obra, sobre todo si consideraba la situación expuesta de su imperio, creado en medio del mundo

romano, el día en que ambas cortes, la de Bizancio y la de Roma, se aviniesen á atacarle de consuno.

En garantía del cumplimiento de lo estipulado, Genserico entregó como rehen á su hijo Hunerico.

Apenas cesó la guerra cuando ya volvió la vida romana á su antigua corriente de lujo y afeminada voluptuosidad en los puntos que habian quedado bajo el dominio del imperio, especialmente en Cartago. Los bárbaros por su parte no cesaron de perseguir en sus territorios á los católicos. Genserico expatrió á cuatro romanos naturales de España, que ocupaban en su corte importantes puestos, porque no querian pasarse al arrianismo, y como continuaran todavía firmes en su creencia, los mandó matar. Viendo luego ocupado en la Galia á Aecio, el único protector del imperio, aprovechó la ocasion apoderándose á traicion de Cartago, á donde trasladó su residencia que hasta entonces habia tenido pro-

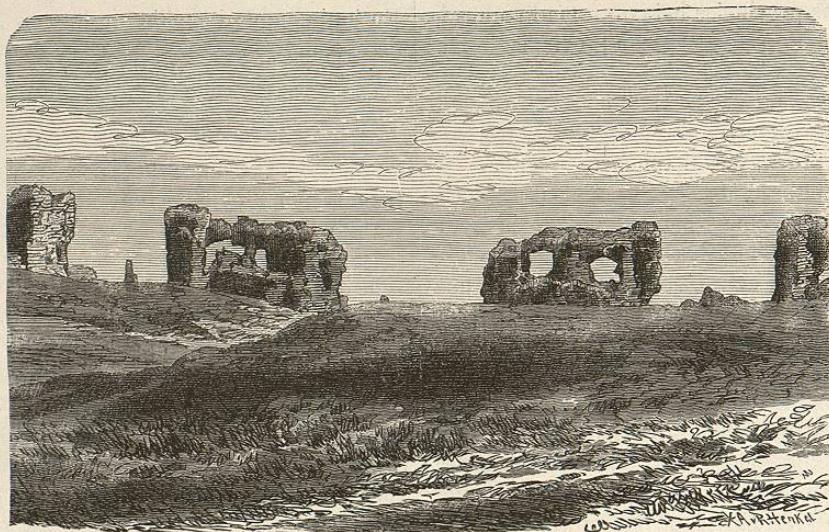


Fig. 75.—Restos de la antigua Puerta del Mar de Cartago

romanos á una nueva guerra, pero Genserico era ya, como él solia llamarse con orgullo, «el rey del mar y de la tierra.» temido en todas las costas é islas del Mediterráneo. No aguardó á que le atacaran. Reunió sus escuadras y pasó á Sicilia, puente natural entre Italia y Africa; puso sitio á Palermo y amenazó la Italia meridional. El emperador Valentiniano hizo un llamamiento al pueblo con el objeto de organizar un levantamiento general de todos los habitantes capaces de empuñar las armas, prometiéndoles auxilio del emperador de Constantinopla Teodosio II. En estas criticas circunstancias distinguióse notablemente por su pericia un ascendiente de Casiodoro. En el año 441 llegó en efecto el anunciado auxilio del imperio de Oriente; una escuadra de 1,100 buques llevó todo un ejército bizantino mandado por los dos generales Areobindo y Ansila, pero quiso la desgracia que al desembarcar en Sicilia pasaran el tiempo en vacilaciones, y en lugar de auxiliar al Africa, fueron solo una molesta carga para aquella isla, conforme dice un autor de la época; y cuando llegó la noticia que hordas de hunos habian invadido y asolaban el imperio oriental, volvióse toda la armada en 442 para proteger á su propio país.

Viéndose reducido Valentiniano á sus propios recursos, no tardó en hacer las paces con los vándalos para acabar siquiera con su terrible piratería.

Reconoció y ensanchó, pues, el dominio de estos germanos en Africa; Cartago, toda la provincia proconsular y la de Bizacena les fueron cedidas; conservando Roma solamente la Numidia oriental con la capital Cirta, las ciudades de las

bablemente en Hipona; y así pasó la Roma africana, como se llamaba aquella célebre ciudad, á ser capital del imperio vándalo en octubre de 439.

La toma de Cartago se efectuó, como puede pensarse, vandálicamente. Los bárbaros destruyeron los teatros, el templo de la Memoria, la vía ó calle de la «Diosa celeste;» mataron gran número de habitantes y se repartieron otros como esclavos; muchos huyeron y se expatriaron; el dinero y objetos de valor hubieron de entregarse á los vencedores, que saquearon y destruyeron las iglesias católicas ó las entregaron al culto arriano. El clero y las familias senatoriales, que representaban mas directamente la resistencia nacional y religiosa, á la par que la riqueza, y que por tanto eran las personas mas peligrosas, fueron perseguidas con mas ensañamiento.

Semejante provocacion debia naturalmente excitar á los

dos Mauritania donde todavía se sostenia la autoridad del imperio, y probablemente Trípoli. Tan importantes fueron á los ojos de todos los contemporáneos la cesion de Cartago y el reconocimiento del pueblo vándalo por la paz de 442, que los autores de la época y los cronistas que les siguieron daron solo desde esta fecha el reinado de Genserico. Por supuesto que en Roma no se consideraba este arreglo como definitivo, y como siempre, cuando el imperio se veia forzado á hacer cesiones de territorios á favor de los bárbaros lo hacia con la reserva mental de la interinidad «hasta mejores tiempos.» Por eso publicó el emperador, como en otros casos análogos, las disposiciones moratorias correspondientes para aliviar á los deudores y sus fiadores, que debian dejar de tener fuerza «cuando con la ayuda de Dios el Africa hubiera vuelto al poder del imperio.»

En 445 dirigiéronse los vándalos contra sus antiguos enemigos los suevos, devastando las costas de Galicia. En el espacio de 446 hasta 450 ocurrieron quizás los sucesos que narran los autores de aquella época sin señalar fecha, pero que ofrecen entre sí cierto lazo de union. Entre otras cosas hablan de una revolucion tramada por la nobleza vándala contra Genserico, que orgulloso del resultado brillante de sus empresas, habia tirado mas de lo regular y acostumbrado á reforzar el poder real; pero el rey descubrió á tiempo los manejos de los sediciosos y los castigó con un furor tan sanguinario «que las ejecuciones costaron mas hombres que una batalla campal perdida.» Con este hecho se enlaza probablemente la ejecucion de la viuda y de los hijos de Gunde-

rico, que muy bien podian ser ó parecer autores ó pretextos de la conjuracion; y no quita nada á la exactitud de los hechos, que el rio Ampsaga, en cuyas aguas fué ahogada la viuda, corriera por territorio romano; es probable que la infeliz buscara proteccion y refugio entre los romanos. Con esta conspiracion ya real, ya supuesta de los miembros de la familia real, tiene tal vez relacion el castigo bárbaro que el rey salvaje y furioso hizo sufrir á la hija de Teodorico, rey de los visigodos, con quien se habia casado su hijo Hunerico; el tirano receloso pretendió que le queria envenenar, y la devolvió á su padre con la nariz cortada.

Bien podrian haber vengado este insulto los visigodos, entonces prósperos y pujantes, si se hubiesen aliado con Roma; pero Genserico, segun refiere cándidamente la crónica de aquella época, «dió otra vez prueba de que era maestro en el arte de indisponer á unos pueblos con otros.» Para librarse de la venganza del padre, tan cruelmente insultado, dice la tradicion, envió Genserico una embajada con riquísimos regalos á Atila, el gran Khan de los hunos, su terrible auxiliar, para excitarle á caer, como hizo en el año 451, sobre los romanos y visigodos. Sin embargo, para explicar este nuevo alud de pueblos salvajes, que se precipitó sobre el imperio occidental y las Galias, no es necesario recurrir á la falaz astucia del rey de los vándalos: tenia mayores y mas importantes motivos. Entonces no se podian juzgar los sucesos sino desde puntos de vista individuales, y se atribuia todo á las pasiones é intrigas de personas determinadas; no obstante, esto prueba la fama de artero y salvaje que Genserico habia adquirido en la conciencia del pueblo. Así, no es extraño que Jordanis inclinado á dramatizar á los suevos y buscarles razones personales, nos presente de un lado á los visigodos, ó sean los suevos, con los romanos, y en frente de ellos á los hunos y vándalos. Podrá ser verdad que Genserico prometiera á los hunos su cooperacion en un ataque contra Roma, aunque es dudoso; pero lo cierto es en todo caso que no lo efectuó.

Cuando el terrible «azote de Dios» quedó deshecho en los campos de Chalons, dejando libre el Occidente, trató el astuto vándalo de ponerse en buena inteligencia con Roma, pues no de otro modo se explica que justamente entonces suspendiera su persecucion contra los católicos; pero cuando al año siguiente, en 10 de marzo de 455, fué asesinado el emperador Valentiniano y proclamado en su lugar Máximo, reinando el desorden y confusion consiguientes en la capital, tocó otra vez á la ciudad eterna la desgracia de ver dentro de sus muros nuevos conquistadores germánicos como habia visto antes á los godos de Alarico. Esta vez eran los vándalos conducidos por el terrible rey del mar los que hicieron su visita. Cuéntase, aunque sin pruebas fehacientes, que Eudoxia, la viuda del emperador asesinado, obligada á casarse contra su voluntad con Máximo, llamó á los vándalos para que la vengasen. Respecto de esta version diremos que bien podria ser que Genserico se hubiese presentado como vengador de Valentiniano (1), con el cual no solamente habia firmado el tratado de paz antes mencionado, sino que además habia estado en el año 440 en tratos para estrechar las relaciones entre ambas familias con un matrimonio; pero en todo caso el deseo de vengar á la viuda no fué mas que pretexto en hombre de semejante carácter, y su objeto principal debió de ser atizar el odio y la guerra entre los partidos para debilitarlos y sacar de su desunion nuevas ventajas é impunidad para nuevas depredaciones.

Su numerosa y bien armada escuadra echó anclas en Portus Romanos (Ostia), que era entonces el puerto de Roma,

cuyos habitantes divididos en diferentes partidos, quedaron aterrizados al saber el desembarque de los vándalos. Hubo un motin en las calles, en el cual fué muerto Máximo el emperador, pero nadie pensó en hacer resistencia al enemigo de fuera; los que antes habian resistido por tanto tiempo á los godos detrás de las fuertes murallas construidas por Aureliano, no hicieron entonces ni la mas leve tentativa para oponerse á las hordas de Genserico. Quizás habianse pasado á éste las tropas mercenarias germánicas, pues que se dice que un borgoñon sirvió á los invasores de guia. Sea de esto lo que fuere, en junio de 455 entró Genserico en la ciudad, por la puerta del Puerto, segun dice la crónica, á lo cual añade una tradicion legendaria copiando lo sucedido entre el papa Leon y Atila, que el obispo supremo y representante de la Iglesia suplicó y obtuvo del vencedor que no destruyera la ciudad de los principes de los apóstoles á fuego y sangre.

Bien considerado, no entraba en el plan de Genserico, ni hubiera podido realizarlo aunque lo hubiese pensado, el sostenerse en la ciudad eterna ni destruirla. No dejaba de conocer que lo primero habria sido mas peligroso que la ocupacion del Africa, porque habrianse levantado contra él el imperio de Oriente, la Italia entera, todo el Occidente romano y todos los países no sometidos á su cetro sangriento, y le hubieran atacado sin dejarle tiempo de respirar. Entonces estaba aun muy distante la Italia de permitir en su suelo la creacion de un imperio germánico; no habia pasado todavía por el predominio de los soldados mercenarios de Germania, ni tampoco el rey vándalo tenia nada del carácter de Teodorico; la civilizacion romana no le interesaba, ni la comprendia; no podia cuidarse de protegerla ni conservarla; era incapaz de propósitos nobles; aunque tampoco era de temer que fuera víctima de ilusiones fatales como fué el gran rey de los godos.

Querer destruir á Roma habria sido una obra imposible, un plan ridículo, por mucho que hubiese halagado al rey salvaje y á los suyos. Cualquiera que ha visto esta ciudad confirmará la puerilidad de semejante propósito. Desde Genserico han pasado catorce siglos, y estos no han podido destruir la antigua capital del mundo, y los vándalos solo permanecieron dos semanas en ella.

En Italia, en Francia, en Inglaterra, y hasta en libros alemanes se imputan las diferentes destrucciones parciales de Roma á la ocupacion de los visigodos, vándalos y ostrogodos; pero conviene repetir que la mayor parte de las construcciones antiguas de Roma fueron destruidas por las familias nobles y patricias que en la Edad media sacaron de los templos y palacios el material para sus castillos, y destruyeron el resto con sus reyertas y sus luchas en las calles, para las cuales se valieron tanto del fuego como de sus espadas. *Quod non fecere barbari, fecere Barberini*, lo «que no hicieron los bárbaros, hicieron los Barberini,» una de aquellas familias nobles, dice un refran romano. La mejor prueba de lo injustificado de aquella acusacion la encontramos en las descripciones de Casiodoro, que vivió cien años despues de la entrada de los vándalos en Roma, y bajo el gobierno de los ostrogodos. Observa este autor expresamente que los vándalos solo incendiaron un número limitado de casas. Verdad es que hubo saqueo, y entre otros tesoros se llevaron los invasores los que habian quedado de otros saqueos en el Capitolio, figurando entre ellos los vasos sagrados que el emperador Tito habia llevado del templo de Jerusalem y que segun una supersticion antigua atraian la desgracia sobre el sitio donde se guardaban hasta que volviesen á su primer sitio. Tambien se llevaron la mitad del tejado dorado con que Domiciano habia cubierto el templo de Júpiter Capito-

(1) Se trata de Valentiniano III. (N. del T.)